a 00003 542090

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

IN MEMORY OF
NORVA PROCTOR McKNIGHT
1880 - 1944
PRESENTED TO THE LIBRARY
862.8
C732
v.14

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEK**
ONLY, and is subject to a fine of **FIV**
CENTS a day thereafter. It is **DUE** on t
DAY indicated below:

AUG 3 1 1983

JAN 1 9 '82

Los Grandes Tahures

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL DE JUAN A. MATEOS

Estrenada con gran aplauso en el Teatro Principal de México.*

PERSONAJES

ALBERTO DE ZUÑIGA.	MAYORDOMO.
HORACIO.	CABALLERO 1º
DON ANTONIO DE MIRANDA.	CABALLERO 2º
ANGELA.	CABALLERO 3º
BEATRIZ.	CONVIDADOS, SERVIDUMBRE.

ACTO PRIMERO.

Sala lujosamente adornada.—Candelabros de bronce.—Mesa tortuga con velador.

ESCENA I.

BEATRIZ Y ANGELA.

(Beatriz haciendo apuntes en una carterita.)

ANGELA.

¡Mi impaciencia es horrible! llevo dos meses de hacer lo mismo todos los dias; por la mañana, la misa, allí ese hombre reclinado en una columna como una estatua, soñoliento y displicente sin dar síntomas de vida. Por la tarde, el paseo, ese hombre tirado en el fondo de su carroza, con la misma displicencia de la mañana, sin que llame su atencion nada de lo que pasa en su derredor. En la noche, el teatro, y siempre ese hombre con su frialdad glacial, lo mismo le da que el teatro se caiga á aplausos, como que la ópera pase en medio del silencio. No obstante, sus gemelos los dirige á nuestro palco continuamente; no sé si Beatriz ó yo.... pero no, él está enamorado de una de las dos. Beatriz, ¿tú qué piensas de ese hombre?

BEATRIZ.

Voy, voy.... diez mil, quince mil....

ANGELA.

Siempre con tus cuentas, no tienes corazon de mujer.

BEATRIZ.

Bien, bien; veinte mil.... treinta mil.... ¡cuenta redonda!

ANGELA.

Eres insoportable.

BEATRIZ.

Ya te escucho: ¿de qué se trata?

ANGELA.

De saber á quién de las dos se dirige Alberto.

BEATRIZ.

Ha de ser á tí, porque á mí no me simpatiza;

* Esta obra no puede reimprimirse ni representarse sin permiso del autor. El depósito se ha hecho conforme lo dispone la ley.

mi alma es refractaria al amor; ya llegará la época: ¡ahora se trata de poner un cimiento de oro á la edad futura!

ANGELA.

Es en lo que ménos pienso.

BEATRIZ.

Es claro, tienes una imaginacion ardiente, poblada de visiones y de fantasmas, eres una soñadora perpetua, ¿qué se va á hacer? eso va en organizaciones; á mí no me gusta perder el tiempo en tonterías.

ANGELA.

?Es decir que no tienes interes alguno en Alberto?

BEATRIZ.

Ninguno, hermana mia, ninguno; el amor no es negocio cuando no viene acompañado de una operacion matemática, y Alberto, por ahora, no aparece todavía como un problema.

ANGELA.

Eres temible.

BEATRIZ.

No, Angela; pero considero enteramente ocioso entregarse á esos delirios, cuando no se ha llegado al esplendor de una fortuna.

ANGELA.

No soy ambiciosa.

BEATRIZ.

Mal, muy mal; yo no quiero estar en espera de la fortuna que puede traer un marido; sé que el dinero atrae al dinero, entónces ya se va comprendiendo la importancia de la vida.

ANGELA.

No he nacido para esas combinaciones.

BEATRIZ.

Pues sueña, sueña, hija mia, y ¡ojalá que nunca despiertes! entretanto, yo juego á la bolsa y hago negocios magníficos. En estos momentos espero á Horacio que me traerá el importe de unas acciones sobre el Istmo de Panamá, me parece que está tronada la compañía, me equivoqué; pero al fin ya salí de ese efecto maltratado.

ANGELA.

!Dios quiera que no vayas á dar un golpe en falso!

BEATRIZ.

Descuida, yo tengo un cálculo como el mejor banquero; la práctica, hija mia, la práctica.

ESCENA II.

DICHAS Y HORACIO.

BEATRIZ.

¡Hola, Horacio!

HORACIO.

Adorables primas, perdonadme, vengo fatigadísimo, figúrense vdes. que hoy ha habido un gran movimiento en la Bolsa, no sé qué ha pasado; pero se han hecho operaciones fabulosas.

BEATRIZ. (*Con ansiedad.*)

¿Fabulosas?

HORACIO.

Sí, prima, fabulosas: estos capitalistas se devoran, las acciones de la Mala del Pacífico que estaba en baja, subieron repentinamente por ciertas noticias que circularon, y la cotizacion se hizo en momentos.

BEATRIZ.

¿Compraste?

HORACIO.

¿Pues qué soy manco? he hecho el negocio por los dos.

ANGELA.

Estais insoportables.

BEATRIZ.

Tontuela, tienes á tu disposicion la herencia de mamá, y no haces nada.

ANGELA.

Con ella me es suficiente, caso de que papá se arruinase.

HORACIO.

No lo creas, adorabilísima prima, no lo creas;

mi tio es inarruinable, jamas su fortuna ha estado en mejores condiciones.

ANGELA.

Yo me alegro mucho; pero....

BEATRIZ.

Con que decias que las acciones de la Mala....

HORACIO.

Nos darán una buena ganancia, las he reservado, mañana darémos un gran golpe; yo tengo mucho talento.

BEATRIZ.

¿Y si esos rumores fuesen falsos?

HORACIO.

No lo creas, Beatriz; en la Bolsa hay perros con un olfato maravilloso, aquella gente es escurridiza como una anguila. A propósito, aquí te traigo el importe de las acciones de Panamá, salimos á tiempo de ellas; alégrate, las vendimos sin perder un céntimo.

BEATRIZ.

¡Gracias á Dios! ¡Estaba con el alma en un hilo!

ANGELA.

Qué agitacion la de los negociantes.

BEATRIZ.

Sí, pero una agitacion con que se goza; eso de pensar, calcular, elevarse muchas veces á lo irrealizable, y ver repentinamente que todo aquel sueño se convierte en una verdad, ¡es hermosísimo!

ANGELA.

¿Y cuando desaparece como un sueño?

BEATRIZ.

No importa, entónces comienza la obra de reconstruccion como un arquitecto.

ANGELA.

Os dejo con vuestros palacios en el aire, con vuestros insoportables cálculos. (*Se va.*)

HORACIO.

¡Inocente! no sabe lo que son los negocios.

ESCENA III.

HORACIO. BEATRIZ.

BEATRIZ.

Decias que las acciones de Panamá....

HORACIO.

Bribonzuela, aquí están los billetes, ya sabes que mi legalidad está á toda prueba. (*Se los da.*)

BEATRIZ.

Padeces olvidos en ciertas ocasiones.

HORACIO.

Es verdad, pero los subsano al momento.

BEATRIZ.

¿Y del otro negocio, nada me dices?

HORACIO.

Hija mia, tú quieres que tenga siete lenguas y hable con todas ellas.

BEATRIZ.

Es que te divagas de continuo.

HORACIO.

El cúmulo de negocios....

BEATRIZ.

Habla, hombre.

HORACIO.

Pues anoche estuvimos como siempre, de fortuna; un italiano fué la víctima; llegó el hombre con un aire de conquistador, porque se pierde de vista en esto de las cartas: ¡qué habilidad, qué habilidad! y mira que yo me jacto de manejar ese libro como ninguno.

BEATRIZ.

¿Con que ese hombre es temible?

HORACIO.

Ya lo creo, es de esos á quienes los jugadores llaman *misioneros*, porque recorren el gran mundo estafando al prójimo, de lo lindo; figúrate que se

llama Pelandini; pero aquí se ha estrellado á pesar de su ciencia.

BEATRIZ.

Un momento de desgracia.

HORACIO.

No, es una desgracia ya calculada; nuestro plan no tiene contra.

BEATRIZ.

¿Qué plan es ese?

HORACIO.

Contigo no tengo reserva, porque somos socios.

BEATRIZ.

Habla, Horacio.

HORACIO.

¿Me prometes ser reservada?

BEATRIZ.

Es la única cualidad que poseo.

HORACIO.

Entre otras muchas.

BEATRIZ.

Me has hecho entrar en curiosidad.

HORACIO.

Es que ni mi tio sabe este secreto.

BEATRIZ.

Bien, bien.

HORACIO.

Hace más de un año que tu pobre padre estaba en una completa ruina, víctima de unos negocios que le salieron fallidos: fué engañado miserablemente por unos especuladores, ¡esta es la suerte de los hombres de bien!

BEATRIZ.

Ya sospechaba.

HORACIO.

Mi tio, que tiene un corazon de ángel, proyectó poner una casa de juego, y me invitó como al hombre de sus confianzas. Me dijo que contaba con el resto de su fortuna para este negocio, que en el fondo es lícito.

BEATRIZ.

Ya lo creo.

HORACIO.

Pero yo le quité la idea de la casa de juego; en esos sitios va la canalla, los tronados, la gente perdida y la necesitada que deja poca cosa, y en un golpe de fortuna se lleva un caudal.

BEATRIZ.

No hay compensacion.

HORACIO.

Esta chica les da en el *blanco* á las cuestiones.

BEATRIZ.

Prosigue, hombre, prosigue.

HORACIO.

Entónces tomé la empresa por mi cuenta; se ajuaró esta casa espléndidamente, tuvísteis carruajes, lacayos, alhajas y palco en el teatro; era la tela de oro que cubria la bancarrota; todo esto se hizo con la herencia de vuestra madre.

BEATRIZ.

Y yo que la creia asegurada; es necesario ver este negocio con más seriedad. [*Alarmada.*]

HORACIO.

Ya no hay temor, está todo salvado.

BEATRIZ.

¿Y bien?

HORACIO.

El juego en un palacio, es artículo de lujo, las fortunas se pierden sin que nadie se aperciba; es una operacion de alta sociedad.

BEATRIZ.

Eso es claro.

HORACIO.

Sí, como la luz; pero el caso es saberse escapar de la ruina.

BEATRIZ.

No basta, es necesario hacer negocio.

HORACIO.

Lo dicho, adorable prima; siempre das en el clavo; ¡eres un genio, un genio privilegiado!

BEATRIZ.

Me tienes impaciente.

HORACIO.

La sociedad comenzó á invadir esta casa y la fortuna correspondió á nuestras esperanzas.

BEATRIZ.

La fortuna calculada.

HORACIO.

Precisamente. Las cartas fueron hechas en Paris por un verdadero artista: vamos, que para los que conocemos la clave, aquellas cartas eran un alfabeto; ¡qué cartas! ¡y qué artista!

BEATRIZ.

Bien.

HORACIO. (*Aparte.*)

Esta chica no se inmuta; vamos, que es una mujer de provecho. (*Alto.*) Ya conocido el secreto, jugué con esplendidez, aparentando á veces perder sumas cuantiosas, ¡anzuelo que atrae á los incautos, que se han derrumbado como unos infelices ante la estrategia! Por supuesto que mi tio está inocente de todo esto; yo, yo soy el responsable, confieso mi falta; pero la he cometido con la mejor intencion del mundo; le veia pobre, arruinado, os veia á vosotras; vamos, que esto es capaz de enternecerme.

BEATRIZ.

¿Por qué no lo descubres todo á papá?

HORACIO.

Imposible, su honradez, su.....

BEATRIZ.

Tendrias quien te ayudase; estos manejos son peligrosos.

HORACIO.

El honor, la delicadeza.... pero no me habia ocurrido, ya se lo diré uno de estos dias cuando tenga un rato desocupado.

BEATRIZ.

Eres un hombre de pró.

HORACIO.

Aduladora.... no es esto todo.

BEATRIZ.

¿Falta todavía?

HORACIO.

Sí, hay algo de prestidigitacion en este asunto.

BEATRIZ.

No comprendo.

HORACIO.

Fatigados algunos dias con las ganancias, temí que comprendieran algo, y suprimimos el monte introduciendo el juego carteado: ¡ay, hija mia! entónces se abrió un abismo á nuestros piés; la fatalidad comenzó á perseguirnos á pesar de nuestra habilidad.

BEATRIZ.

¡Me asustas!

HORACIO.

No pudimos contrariar la suerte; entónces yo, que soy hombre de recursos, dispuse las cosas de tal modo, que pudiéramos, como ya lo hemos hecho, reconstruir nuestra fortuna.

BEATRIZ.

¿Y bien?

HORACIO.

¿Has visto el espejo que cubre la entrada del salon del juego?

BEATRIZ.

Sí, ¿y bien?

HORACIO.

Pues junto á ese espejo, y disimulado por las flores del tapiz, hay un punto casi imperceptible, un verdadero observatorio por donde se ve todo lo que pasa en el salon del juego.

BEATRIZ.

¡Qué atrocidad!

HORACIO.

Sí, prima mia, la gente es muy mal intencionada.

BEATRIZ.

¿Y bien?

HORACIO.

Nada, que colocado el contrario con la espalda vuelta hácia acá, vemos el juego á toda perfeccion.

BEATRIZ.

Prosigue, hombre, prosigue.

HORACIO.

Luego hay un alambre que pasa por bajo la alfombra que va á dar al extremo de la mesa, donde por casualidad se coloca el pié, y se reciben naturalmente los toques de aviso, y así la partida es imperdible matemáticamente.

BEATRIZ.

Matemáticamente eres un bribon, por los cuatro costados.

HORACIO.

No me remuerde la conciencia, prima mia, el juego se reduce á una táctica muy fácil de comprender; desnudar al contrario.

BEATRIZ.

Es verdad.

HORACIO.

Al que juega le pasa siempre lo que á los lobos, cae en una trampa.

BEATRIZ.

Por supuesto que esto durará miéntras redondeais vuestros negocios.

HORACIO.

Sí, estas cosas duran, miéntras duran; esa es la regla.

BEATRIZ.

¿Y no podrá descubrirse esa terrible trama?

HORACIO.

Cá, si el que entra á una casa de juego ya debe tener por sabidas todas estas frioleras.

BEATRIZ.

Has hecho mal en decirme todo eso, Horacio, yo no sé nada.

HORACIO.

Nada, qué vas á saber.

BEATRIZ.

¿Y ganarémos mucho.... mucho?....

HORACIO.

Sí, muchísimo.

BEATRIZ.

Pero yo ignoro todo.

HORACIO.

¿Como mi tio?

BEATRIZ.

¿Pero no fallarán tus combinaciones?

HORACIO.

¡Qué van á fallar, mujer!

BEATRIZ.

Es que álguien pudiera.... pero yo no sé nada.

HORACIO.

¡Que nada sabes!....

BEATRIZ.

¿Pero no te descubrirán?

HORACIO.

Ni con telescopio.

BEATRIZ.

¡Entónces, adelante!

HORACIO.

Aquí tienes tu ganancia de anoche, bendice á los italianos; ellos nos proporcionan estos billetes. (*Se los da.*)

BEATRIZ.

Bien.

HORACIO.

Cuéntalos, prima mia.

BEATRIZ.

Eso seria desconfiar de tí. [*Al mismo tiempo, y durante la conversacion, los pasa de una mano á otra con rapidez como jugando.*] ¡Líbreme Dios!

HORACIO. (*Aparte.*)

Vale la plata esta chica, ya comenzó la recuenta.

BEATRIZ.

Entre socios no hay que andar con esas cosas.

HORACIO. (*Aparte.*)

Y van dos. (*Alto.*) No, dices bien.

BEATRIZ.

Ademas, yo nunca....

HORACIO. (*Aparte.*)

Y van tres.

BEATRIZ.

Qué dirias de mí.

HORACIO. (*Aparte.*)

Y van cuatro.

BEATRIZ.

Tu buena fe....

HORACIO. (*Aparte.*)

Y van seis.

BEATRIZ.

Tu honradez.

HORACIO. (*Aparte.*)

Y van nueve.

BEATRIZ.

No me permitiria.... ¡aquí falta uno!

HORACIO. (*Aparte.*)

La soltó. [*Alto.*] Efectivamente se habia quedado en la bolsa.

BEATRIZ.

Todo ha sido una casualidad.

HORACIO.

Sí, todo, prima mia; nosotros todo lo hacemos inocentemente.

BEATRIZ.

Y con mucha limpieza.

HORACIO.

Beatriz, que mi tio nada sepa de esto; tú comprendes que me permite jugar grandes sumas; por supuesto en apariencia, ni gano ni pierdo, es para dar más brillo á la casa; todos me creen atrevido, y hasta yo me pongo orgulloso, sabiendo que todo es una farsa; pero apuesto por trasmano, y nuestra sociedad marcha.

BEATRIZ.

Yo tengo mis escrúpulos.

HORACIO.

No los tengas, hija mia; el *monte* se pone con el cristiano objeto de desbalijar á los pacientes: ¿que más que las víctimas se dén la revancha? En un negocio *ilícito*, todo es *lícito*.

BEATRIZ.

Mi padre viene, Horacio, no olvides nuestro negocio de la Bolsa y el de esta noche.

HORACIO.

Ya estoy listo; esta noche procurarémos ayudar á la fortuna; esa bribonzuela suele necesitar de un auxilio; Dios ha dicho: ayúdate que yo te ayudaré.

BEATRIZ.

¡Horacio, nuestro es el porvenir! (*Se va.*)

ESCENA IV.

HORACIO. DESPUES DON ANTONIO.

HORACIO.

¡Gran negocio! me quedé con las acciones del Istmo de Panamá, tengo buenas narices; esas ganancias con nadie las divido: ¡pobre Beatriz! cayó en el lazo, es un buen socio; pero yo soy mejor; ¡no hay como vivir á costa del prójimo! ¡Querido tio!

ANTONIO.

¡Eres un imbécil!

HORACIO.

Está vd. muy amable.

ANTONIO.

No estoy para bromas.

HORACIO.

Pues hablemos serio.

ANTONIO.

Te he sacado de la miseria.

HORACIO.

Sí, para traerme á otra miseria más degradante todavía; pero no, no importa, ya he aceptado el tipo y no me disgusta.

ANTONIO.

Te he hecho presentar en sociedad como un millonario; gastar, derrochar, con el solo objeto de que trajeses á casa á lo más distinguido y más rico: he puesto en tus manos mis negocios.

HORACIO.

Y parece que no me he portado mal.

ANTONIO.

Hace algunos dias andas extraviado.

HORACIO.

No entiendo á vd., querido tio.

ANTONIO.

Mira. [*Le da un periódico.*]

HORACIO. (*Leyendo.*)

"El Sr. D. Alberto de Zúñiga, rico capitalista americano, y representante de la sociedad del ferrocarril de Panamá, se encuentra hace dos meses en Madrid. Hoy debe resolverse la cuestion que ha surgido y probablemente se cuotizarán en la Bolsa todas las acciones" ¿Y bien?

ANTONIO.

¿Y me lo preguntas?

HORACIO.

Sí, se lo pregunto á vd. ¿Y qué?

ANTONIO.

¡Miserable! ese hombre debia estar á estas horas....

HORACIO.

Sí, en nuestros bolsillos.

ANTONIO.

Su presencia hubiera sido de mucho efecto y la ganancia pingüe.

HORACIO.

¡Estais muy atrasado tio, á mí nada se me escapa!

ANTONIO.

Que no estoy para bromas.

HORACIO.

Pues bien; Don Alberto de Zúñiga me espera en estos momentos, en el Suizo, que está á dos pasos de aquí, y dentro de cinco minutos tendré la honra de presentaros al capitalista americano, representante de la compañía de Panamá!

ANTONIO.

Bribonzuelo, mereces que te tire de las orejas.

HORACIO.

Y yo á vd. del bolsillo.

ANTONIO.

No te arrepentirás, hijo mio, no te arrepentirás; pronto dejarémos esta vida que ya me cansa.

HORACIO.

Lástima que no viva mi tia para que se lo cuente vd.

ANTONIO.

Te lo digo de corazon.

HORACIO.

Ya lo creo; vd. habla siempre con el corazon, por eso no oigo nada de lo que vd. dice.

ANTONIO.

¡Bribonzuelo!.... mira que espero á Don Alberto.

HORACIO.

Es la hora y voy á su encuentro; esta presentacion merece un préstamo, tio, un préstamo.

ANTONIO.

Aprovecha la buena hora, tunante ahí tienes esos mil reales.

HORACIO. (*Aparte.*)

Si siempre se explicara así su corazon, estariamos enteramente de acuerdo. (*Se va.*)

ESCENA V.

DON ANTONIO. (*Solo.*)

Estoy impacieute: ya es medio dia y el vizconde no parece: anoche perdió una fuerte suma que ya debia estar en mi poder; no importa, estoy seguro que paga, es una deuda de *honor*, bien haya quien metió el *honor* en estos negocios de estafa; y hay imbéciles que seducidos por esa palabra deslumbradora, harán un sacrificio por cubrir una deuda contraida en el fango de esta degradacion; ninguno como los que andamos en este negocio sabemos el secreto de tanta infamia; pero no importa, dejemos á los candorosos que levanten el grito en tanto que la sociedad desmoralizada acude ansiosa al tapete verde al son argentino de las onzas de oro: es muy grave que el vizconde se haga esperar tanto. (*Suena la campanilla.*) ¡El es! (*Se sienta y toma un periódico.*)

ESCENA VI.

EL MAYORDOMO. DON ANTONIO.

ANTONIO.

Pase vd., caballero.

MAYORDOMO.

Soy el mayordomo del señor vizconde del Pino.

ANTONIO.

No lo escucho á vd. miéntras no tome asiento; está vd. en la casa de un buen amigo del vizconde. [*Se sientan.*]

MAYORDOMO.

Decia....

ANTONIO.

Deme vd. el sombrero. [*Se lo toma y pone sobre la mesa.*]

MAYORDOMO.

Señor.....

ANTONIO.

¿Qué tal de tiempo?

MAYORDOMO.

Muy bueno, estamos en la mejor época del año.

ANTONIO.

¿Y mi amigo el vizconde se ha repuesto de la desvelada? que muchachos tan calaveras; yo no sé cómo soportan esa vida: yo, en dando las diez, ya tengo un sueño espantoso; y vea vd. lo que son las cosas; anoche que me entretuve más de lo regular, presencié la pérdida que sufrió el vizconde, y verdaderamente sentí la ocurrencia. En el acto le abrí mi caja: ¡no faltaba más!

MAYORDOMO.

Precisamente, traia esta caja y esta carta.

ANTONIO.

Si es que me devuelve la suma, voy á incomodarme; el señor vizconde me humilla con enviármela, cuando ni pensaba en ello. Vamos, hay cosas.... que.... deme vd. la caja y que se quede ahí á su disposicion, la guardo para reñirle. [*Toma la caja y la coloca en la consola.*] Veamos la carta.

MAYORDOMO.

Aquí está.

ANTONIO. (*Leyendo.*)

"Envío á vd. las alhajas de mi.... madre que valen el cuádruplo.... de la suma que.... vd. me prestó." Vamos que me ha hecho llorar este jóven: decidle que.... guardaré esas alhajas como el recuerdo más tierno del amor filial.

MAYORDOMO.

Está bien.

ANTONIO.

Adios, caballero, me ha dado vd. un mal rato, vd. no conoce mis sentimientos.

MAYORDOMO.

Adios, señor.

ANTONIO.

Diga vd. á ese corazon generoso, que deseo darle un abrazo, y que venga por la revancha, que la diversion comienza temprano.

MAYORDOMO.

Ha salido para Francia.

ANTONIO.

¡Desgraciado jóven!.... ¡desgraciado!

MAYORDOMO.

A la disposicion de vd., caballero.

ANTONIO.

Cuando vd. guste puede venir á esta casa; preferiria lo hiciese vd. por las noches; pasaria vd. unas horas agradablemente.

MAYORDOMO.

Gracias. (*Se va.*)

ESCENA VII.

DON ANTONIO. (*Solo.*)

¡Lo siento! diablo de calavera, haberlo conocido tan tarde, no importa; me tocó despabilar el último resto de su fortuna: todavía hay hombres de bien entre los jugadores; veamos las alhajas: no será tanto como asegura el vizconde; pero al ménos seré compensado.

ESCENA VIII.

DICHO. HORACIO. ALBERTO.

HORACIO.

Mi amigo Alberto de Zúñiga: mi tio Don Antonio de Miranda.

ALBERTO.

Caballero, mucho honor es el que disfruto en estos momentos al ser presentado á una persona tan recomendable.

ANTONIO.

Caballero, escuse vd. todos esos cumplidos, y crea que cuando yo tiendo la mano á una persona tan honorable como vd. es para no retirarla nunca.

ALBERTO.

Gracias.

HORACIO.

Ya te habia dicho que mi tio era una persona sencilla; es de esos hombres todo corazon que....

ALBERTO.

Sí, señor de Zúñiga, estoy montado á la antigua; ignoro todas esas prácticas sociales; vamos, me empalagan, yo no sé decir sino lo que siento.

ALBERTO.

Caballero, en eso nos parecemos; acaso adolezca de una franqueza ruda.

ANTONIO.

Entónces no hablemos una palabra más, nos hemos comprendido. A los hombres honrados se les abren desde luego las puertas de la familia y se les acepta como cosa propia. Ea, Horacio, llama á tus primas, quiero presentarles á un verdadero amigo.

ALBERTO.

Es mucha distincion.

ANTONIO.

Yo soy así: me ha simpatizado vd., acaso todo lo que hago pecará de inconveniencia; pero no importa, los hombres tenemos nuestro modo de ser; y natural y figura....

HORACIO. (*Aparte.*)

Se está luciendo mi tio. [*Alto.*] Voy al momento. [*Se va.*]

ESCENA IX.

DON ANTONIO Y ALBERTO.

ALBERTO.

Es grato, muy grato, cuando se está fuera de la patria, encontrar corazones tan francos y bondadosos.

ANTONIO.

No siga vd., porque vamos á reñir; será por que soy viejo, pero la juventud me interesa: ¡ay, Alberto! cuando se vuelve la mirada al pasado y se ven todos los escollos en que se ha tropezado, entónces hay un sentimiento dulce de compasion para los que van por ese camino de peligros que se llama la juventud.

ALBERTO.

Sí, es verdad.

ANTONIO.

Y á propósito; seguro estoy de que lo que voy á decir es una impertinencia; pero yo, Alberto, no puedo contenerme, ya he dicho que soy todo corazon.

ALBERTO.

Diga vd.

ANTONIO.

Está vd. léjos de su país, las correspondencias no son siempre exactas, disponga vd. de cuanto necesite; se llega vd. al cajero y ordena, que ya estará avisado: sin reserva, amigo mio, cuanto vd. guste.

ALBERTO.

Gracias, en el Banco de Madrid tengo los fondos necesarios.

ANTONIO.

Bien, bien, ya vd. sabe que no hay necesidad del Banco, aquí puede encontrar lo suficiente; no soy millonario, pero sí rico y....

ALBERTO.

Gracias.

ESCENA X.

DICHOS. HORACIO. BEATRIZ. DESPUES ANGELA.

ALBERTO. (*Aparte.*)

Es ella, ¡Dios mio!

ANTONIO.

Mi hija Beatriz: Alberto de Zúñiga, mi amigo íntimo.

BEATRIZ.

Caballero.....

ALBERTO.

Señorita.

ANTONIO.

Mi hija Angela.

ANGELA.

Caballero.....

ALBERTO.

Ya tenia el honor de conocer á las señoritas: ¡quién no las hubiera distinguido en el gran mundo de esta ciudad, por su hermosura!

ANTONIO.

Vamos, vamos, que esa es mucha galantería.

ALBERTO.

No: tan es la verdad, que la otra noche reparé en que la señorita [*á Beatriz*] no estaba en el palco; esto hacia un vacío inmenso en el teatro; cierto es que le señorita Angela brillaba como siempre por su belleza.

BEATRIZ.

Nos ha dejado vd. confundidas.

ANTONIO.

Sí, son muy sencillas estas criaturas.

HORACIO.

Sí, sencillísimas; yo se los digo todos los dias.

ANGELA. (*Aparte.*)

No me explico esta emocion.

ANTONIO.

Vamos, tomad asiento.

ANGELA.

¿Y permanecerá vd. mucho tiempo entre nosotros?

ALBERTO.

Probablemente no, porque mis negocios están casi arreglados.

ANGELA.

Deseará vd. volver al lado de su familia.

ALBERTO.

Sí, deseo darle un abrazo á mi padre; es mi única familia.

ANGELA. (*Aparte.*)

No es casado.

BEATRIZ.

Tiene vd. razon, le querrá vd. mucho.

ALBERTO.

Sí, mucho; me jacto de no haberle dado nunca un disgusto, acaso el primero sea esta ausencia.

ANGELA. (*Aparte.*)

¡Qué buen corazon!

BEATRIZ.

Pero los negocios obligarian á vd.

ALBERTO.

Sí, los negocios.

ANGELA.

¡Qué tiranía!

BEATRIZ.

Esa es la sociedad, esas sus exigencias.

ALBERTO.

Es verdad.

BEATRIZ.

Pero ya pronto estará vd. de vuelta en el hogar, satisfecho con el éxito.

ALBERTO.

Me costará algo esta partida.

ANGELA.

Ya lo esperaba yo: ¿estará vd. enamorado?

ALBERTO.

Bien puede ser.

ANGELA. (*Aparte.*)

¡Ha visto á Beatriz, Dios mio, qué fatalidad!

ALBERTO.

Confieso que esa preocupacion ha llegado hasta hacerme desear que mis negocios se dilatasen más de lo necesario.

BEATRIZ.

No apruebo la conducta de vd.

ANGELA.

Yo sí, creo que los sentimientos del corazon están sobre todos los negocios del mundo.

BEATRIZ.

No haga vd. caso á esta locuela.

HORACIO. (*Aparte.*)

Esta familia vale un Potosí.

ALBERTO.

Pero á ese paso todo lo tengo arreglado: ayer nada ménos circuló en la Bolsa la noticia de que habia fracasado en mi empresa del ferrocarril de Panamá y bajaron las acciones á un precio ínfimo. Descubrí que un negociante habia hecho ese juego para hacerse de un gran número de acciones: rectifiqué, á la media hora se cuotizaba al veinte por ciento más de su valor.

ANTONIO.

¿Lo oyes Beatriz?

BEATRIZ.

Decia vd. que todo habia sido una cábala de un....

HORACIO.

Sí, de un bribon que soltó la noticia en la Bolsa. [*Aparte.*] Y ese bribon era yo.

ANTONIO. (*Agitado.*)

Pero eso se puede llevar ante los tribunales y....

HORACIO. (*Aparte.*)

Luego que tocan á estos pícaros se acuerdan de que hay justicia en la tierra.

BEATRIZ.

Jesus, yo me sofoco.

HORACIO.

No, eso es imposible; allí se juega á todo riesgo.

BEATRIZ. (*Aparte.*)

Veinte por ciento más, yo me muero. (*Alto.*) ¡Ay; ay!

ALBERTO.

¿Qué pasa? *(Se acerca.)*

BEATRIZ.

¡Ay.... ay!.... *(Convulsion.)*

ANTONIO.

Nada, no es nada, el calor; abrid esa puerta.

BEATRIZ.

¡Ay.... ay!....

HORACIO.

No es de peligro; mi prima tiene una enfermedad muy conocida: "Accionitis del Ferrocarril de Panamá."

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA I.

DON ANTONIO.

Imbécil de mayordomo, olvidarse de la llave. Es una atrocidad romper esa caja que es una obra de arte, como que guarda nada ménos que las alhajas de una condesa. Tengo curiosidad de ver las prendas que han pertenecido lo ménos á veinte generaciones. Toda la tradicion se ha venido á perder en el tapéte del juego, el montero se improvisa en el último vástago de los condes del Pino. Pondré una tarjeta al mayordomo. (*Escribe y toca la campanilla. Aparece un lacayo.*) A su direccion.

ESCENA II.

HORACIO, DON ANTONIO.

HORACIO.

¡Uf! vengo fatigado, he subido y vuelto á bajar cien veces las escaleras de nuestros acreedores, y en verdad con pocas ventajas.

ANTONIO.

¡Esto es horrible! Dame la lista.

HORACIO.

Aquí está. (*Le da un papel.*)

ANTONIO.

Veamos.

HORACIO.

Lea vd., tio, lea vd.

ANTONIO.

Manuel Meneses.

HORACIO.

Pagó con una letra á tres dias: reconocida la firma.

ANTONIO.

El baron del Campo.

HORACIO.

Pide esperas por un mes.

ANTONIO.

No le darás caja hasta que salde su cuenta. Don Antonio Lozada, ¡gran título!

HORACIO.

Tronado entre los tronados: bórrele vd., tio, es cuento perdido.

ANTONIO.

Afortunadamente es un pico muy corto. Martinez.

HORACIO.

¡Oh! ese azucarero á quien tratamos de excelencia, es lo más puntual del mundo. Todos estos tontos de oficio son muy buenas pagas.

ANTONIO.

El marqués del Llano.

HORACIO.

Así tiene los bolsillos; ya sabe vd. su táctica antigua, es ya verdaderamente un sistema; en el pedir es lo más flexible, pero en materias de pagar, inexorable; primero pasa Vénus por el disco del sol, que una peseta por el bolsillo de sus acreedores.

ANTONIO.

¿El Dr. Avilés?

HORACIO.

No es muy hábil que digamos, pierde de lo lindo; pero en cambio sus clientes se arruinan; enteró su caja con toda religiosidad.

ANTONIO.

Bien: Eduardo Loza, el periodista.

HORACIO.

¡Tio, tio!

ANTONIO.

¿Por qué le das caja?

HORACIO.

¿Supone vd. que un gacetillero pague alguna

vez sus deudas? eso es burlarse de la humanidad, ¡no sea vd. cruel!

ANTONIO.

Pero.....

HORACIO.

Le doy caja, porque el dia ménos pensado nos ensarta un párrafo de gacetilla, y da al traste con el negocio; por eso encabezo la lista de pérdidas, con ese nombre, y no lo pongo en el *debe*, porque eso es suponer que puede pagar, lo cual es un imposible.

ANTONIO.

Bien, paso por la partida.

HORACIO.

¡Vd. no conoce la lengua de los periodistas! yo mismo me quedo admirado cuando veo en su diario "Anoche se bailó con entusiasmo en la tertulia de Don Antonio de Miranda."

ANTONIO.

¡Qué barbaridad!

HORACIO.

Le faltó agregar, que aquí se baila sentado, y á veces de cabeza y con música por dentro.

ANTONIO.

Bien, bien; ahora hablemos de otra cosa. Es necesario que el americano juegue, ya es hora de comenzar el ataque.

HORACIO.

Es novicio y caerá en nuestras manos como una tórtola.

ANTONIO.

De eso se trata.

HORACIO.

En nuestras manos van á quedar hasta los wagones con todo y pasajeros del Istmo de Panamá.

ANTONIO.

Ya todo está dispuesto.

HORACIO.

Sí, ya lo creo, á las mil maravillas.

ANTONIO.

Lo demas corre de tu cuenta.

HORACIO.

¿Y no ha venido?

ANTONIO.

Hace una hora que charla con tus primas en ese gabinete.

HORACIO.

Vd. no se descuida, tio, es vd. un lince.

ANTONIO.

Ya hablarémos más tarde de este asunto.

ESCENA III.

DICHOS. ALBERTO. BEATRIZ. ANGELA.

BEATRIZ.

Es insufrible el calor.

HORACIO.

Sí, horrible; á mí me suben unos vapores....

ALBERTO.

Deseara dar una vuelta por el jardin, pero no quisiera hacer solo el paseo.

ANGELA.

Déme vd. el brazo.

ALBERTO. (*Aparte.*)

Qué contrariedad. (*Alto.*) ¡Qué galantería!

ANTONIO.

Como gusteis, Alberto; pero no tardeis mucho, porque vuestros amigos esperan.

ALBERTO.

Yo prefiero esta compañía.

ANTONIO.

Es vd. un loco de atar, id y no tardeis.

ALBERTO.

Ea, vamos, perdone vd. [*á Horacio*], soy muy distraido, se me habia pasado felicitarle.

BEATRIZ.

¿Felicitarle, y de qué?

ANTONIO.

Alguna diablura de este calavera.

ALBERTO.

Aquí tienen vdes. á un capitalista, casi un socio de la compañía de Panamá.

BEATRIZ.

Decia vd....

ANTONIO.

Hable vd., hombre.

HORACIO.

Alberto se chancea, ha amanecido de bromita: vaya vd. al jardin, hombre, vaya vd. á su paseo.

BEATRIZ.

No, no; diga vd. de qué se trata.

ALBERTO.

De que ayer.....

HORACIO.

Vaya vd. á su paseo, despues contará, yo me doy por felicitado: andando, andando, que mi prima está de pié.

BEATRIZ.

No, cuente vd., Alberto.

ALBERTO.

Pues vuestro señor primo, es un jugador de Bolsa admirable.

HORACIO.

¡Qué terquedad! ¿va vd. al jardin, ó no?

BEATRIZ.

Prosiga vd., y tú no interrumpas.

HORACIO. (*Aparte.*)

Estoy dado al diablo.

ALBERTO.

Pues, señor, ayer ha hecho Horacio un negocio loco; compró las acciones de Panamá á un precio ínfimo y á la media hora ya pudo presentarse como un capitalista.

ANTONIO.

¿Pero es verdad?

BEATRIZ.

¿No es una broma?

ALBERTO.

Es una verdad, señorita. Vamos.

ANGELA.

Vamos. *(Se va con Alberto.)*

ESCENA IV.

DON ANTONIO. HORACIO. BEATRIZ.

BEATRIZ.

Decia ese hombre.... vamos, esto es inexplicable.

HORACIO.

Nada, cosas de Alberto.

ANTONIO.

Pero qué interes tienes en....

BEATRIZ.

Papá, vd. ignora que Horacio y yo teniamos unas acciones del ferrocarril de Panamá; ayer me vino á decir que habian bajado, yo le dije que las vendiera, y resulta que él ha hecho el negocio, que lo que nos costó al diez, hoy vale al ciento veinte, ¡ciento diez de ganancia!

HORACIO. (*Aparte.*)

Cuenta redonda.

ANTONIO.

¡Habla, hombre, defiéndete!

BEATRIZ.

¡Esto es espantoso!

HORACIO.

Cierto es que las acciones habian bajado, mi

prima me dijo que las vendiese, y yo las compré para mí.

BEATRIZ.

¡Infamia, infamia! tú fuiste el que hizo circular en la Bolsa la noticia falsa y á mí es á quien has.... no quiero decir la palabra, es demasiado dura.

HORACIO.

Dila, prima mia, no me asusta; aquí, á puerta cerrada, podemos hablar con entera franqueza.

ANTONIO.

¿Qué quieres decir?

HORACIO.

Nada, que entre *nosotros* debemos hablar con entera franqueza, allá está la sociedad con sus frases ampulosas de honor y delicadeza, con sus quijotadas ridículas; pero aquí que nadie nos escucha, llamémonos con nuestros nombres.

BEATRIZ.

¡Nos estás insultando!

HORACIO.

No, quién piensa en eso; como las palabras han perdido todo su sentido, no hay ofensa posible.

BEATRIZ.

¡Pero vd. no oye á este hombre?

ANTONIO.

Sí, hija mia, es un infame, yo le desconozco.

HORACIO.

Yo soy el que me desconozco al verme en esta situacion de rebajamiento y degradacion á que vdes. me han empujado.

ANTONIO.

¡Mientes!

HORACIO.

No, no miento, qué voy á mentir, si yo me siento humillado, y lo que es peor aún, mi corrupcion ha llegado á tal extremo, que no soportaria otro género de vida. Aborrezco el trabajo, es mucha la tarea de todo un dia para ganar un peso, cuando yo los gano á cientos en una hora sin maltratar mi cuerpo ni mi inteligencia.

ANTONIO.

¡Miserable!

HORACIO.

Sí, muy miserable, puesto que voy por esta vía desesperada, cuando por enriqueceros y al mismo tiempo para obtener una ganancia, me he puesto á tirarme en el mar social como un bandido, lo oís, como un bandido, asechando fortunas para arrojarlas á vuestra voracidad y satisfacer vuestra insaciable ambicion: espero de un momento á otro ser abofeteado en la mesa del juego, cuando ya pesa sobre mí el estigma social.

ANTONIO.

¡Calla, Horacio!

BEATRIZ.

¡Que calles!

HORACIO.

¿Y creeis que con mi silencio enmudecerá á su vez la sociedad entera? Ella me señala á pesar de mi aire aristocrático, porque todas las historias de ruina comienzan así: "Un calavera llamado Horacio á quien conocí en mala hora, me llevó á la casa de un tio, &c., &c." Y así mi nombre se marcha á la desgracia y.... á la infamia.

ANTONIO.

¡Estás insolente como nunca! ¡Maldita la hora en que puse en tus manos mis secretos!

HORACIO.

No hay que arrepentirse, soy suficientemente malvado para venderos.

BEATRIZ.

Esto es espantoso; dejemos á este miserable; yo no puedo ser testigo de tanto cinismo.

ANTONIO.

Horacio, te despido de mi casa; con lo que has defraudado á mi hija, tienes lo suficiente.

HORACIO.

Es que....

BEATRIZ.

Ya lo has oido, no queremos volverte á ver, tu presencia en esta casa es una deshonra.

HORACIO.

Es que yo diré....

BEATRIZ.

Y nadie te creerá; cuando la calumnia ó la verdad encuentra un para-rayo de oro, se deshacen como el rayo, y nosotros somos ricos.

HORACIO.

Hay cosas en que los tribunales....

ANTONIO. (*Interrumpiéndole.*)

Vamos, Beatriz; tú, espérame.

BEATRIZ.

¡Me hace temblar!

ESCENA V.

HORACIO. (*Solo.*)

Con que me despiden de esta casa, se me insulta y se me humilla, bien; la venganza está en mi mano y me la daré cumplida. Dentro de unos instantes Alberto será llevado á la mesa de juego, hoy que debia ser el dia de su ruina, será el de su fortuna. Yo trastornaré la clave, le harán grandes apuestas; y ese para-rayo de oro, de esta gente orgullosa, caerá por tierra y en pedazos!.... recobrémos la sangre fría.

ESCENA VI.

DON ANTONIO Y HORACIO.

ANTONIO.

Horacio, acaba de pasar una escena desagradable.

HORACIO.

¿Quién la recuerda ya?

ANTONIO.

No, hemos estado injustos contigo; hiciste un negocio y....

HORACIO.

Concluyamos, tio, porque tengo que dejar esta casa.

ANTONIO.

¿Tú? cá, si no puede ser eso; seria necesario que yo no tuviese corazon ni sentimientos.

HORACIO.

Dejémonos de tonterías.

ANTONIO.

Pues bien, vengo á suplicarte que nos perdones; ya tú conoces el carácter de Beatriz, el primer momento es un disparo; pero despues, vamos; que ya está arrepentida: ahora mismo me decia: dile á Horacio que soy una loca, que me dispense.

HORACIO.

Por mí está todo olvidado. (*Aparte.*) Por nada del mundo pierdo la escena que va á venir.

ANTONIO.

¿Es decir que no nos guardas rencor?

HORACIO.

No, es un sentimiento que no conozco; pelillos á la mar, y no se vuelva á hablar del asunto.

ANTONIO.

Bien, muy bien, reconozco mi sangre.

HORACIO. (*Aparte.*)

Exactamente.

ANTONIO.

Tú sabes que hoy tenemos un gran negocio; bribonzuelo, estás de fortuna.

HORACIO.

No lo habia olvidado.

ANTONIO.

Pues bien, hoy te completaré las acciones de Panamá.

HORACIO.

Lo aguardo con ansia.

ALBERTO.

Preparémos el campo.

HORACIO.

Andando tio, andando. (*Aparte.*) Se me ha metido entre ceja y ceja derribar el para-rayo. (*Se van por la derecha.*)

ESCENA VII.

ALBERTO Y ANGELA.

ALBERTO.

Qué brisa tan agradable, despues del calor del medio dia.

ANGELA.

Gracias á Dios que se le oye á vd. el metal de la voz; hemos paseado hace una media hora y ha quedado vd. con un silencio desesperante.

ALBERTO.

Es que no estoy en mí.

ANGELA.

Alguna preocupacion....

ALBERTO.

Sí, una preocupacion que absorbe todos mis sentidos, que embarga todos mis pensamientos.

ANGELA.

Si yo fuese acreedora á la confianza de vd., me permitiria pedirle cuenta de sus sufrimientos.

ALBERTO.

Es vd. un ángel y yo voy á depositar en ese seno este secreto que me ahoga.

ANGELA. (*Aparte.*)

¡Dios mio! (*Alto.*) Hable vd., que le escucho con interes.

ALBERTO.

Yo no habia tenido hasta ahora, más que las impresiones de la juventud, nubes de verano que se desbaratan al primer soplo de viento, ilusiones de un dia, fugitivas, como las imágenes de un sueño; la historia de todos los corazones.

ANGELA.

Es verdad.

ALBERTO.

Deslumbrado con el brillo del Viejo Mundo, que era mi constante pensamiento, huésped en esta sociedad que admiro por su elegancia, mi corazon no ha podido resistir á sus encantos; he visto á una mujer, los rayos de su mirada han penetrado en mi alma, despertando una adoracion profunda; sí, amo por la primera vez, y en mi carácter impetuoso esta pasion es una tempestad.

ANGELA.

¿Y esa mujer ama á vd.?

ALBERTO.

No lo sé, ignoro si ha comprendido mi amor, que debia haber leido en mis ojos. Yo no sé si en estas costumbres será una inconveniencia decir francamente á la mujer que se ama, ¡yo adoro á vd., sin vd. me es insoportable la existencia!

ANGELA.

¿Y esa mujer es digna de ese amor?

ALBERTO.

Creo que sí.... tal vez la luz que me deslumbra no me permite hacer esas apreciaciones; pero esa mujer debe ser un ángel.

ANGELA.

Deje vd. esa timidez, ella sabrá comprender la nobleza de esos sentimientos y acaso lé amará.

ALBERTO.

Me va vd. á volver loco: ¿dice vd. que me amará?

ANGELA.

Tal vez.... quién sabe si ella esté sintiendo ese mismo fuego, esa misma pasion.

ALBERTO.

¡Si fuese así, el cielo me abria sus puertas!

ANGELA. (*Con ansiedad.*)

¡Hable vd., hable vd!

ALBERTO.

Angela, ¿quisiera vd. salvarme?

ANGELA.

Yo.... no comprendo.... explíquese vd.

ALBERTO.

Una palabra seria suficiente, no necesito más.

ANGELA.

Alberto.... Alberto.

ALBERTO.

Sí, una palabra de compasion y me haria vd. feliz.

ANGELA.

Pues bien, sí, sí....

ALBERTO.

¡Ah! vd. es el genio bienhechor, que me saca de este abismo de desesperacion; vd. le dirá á Beatriz que yo la idolatro!

ANGELA. (*Aparte.*)

¡Dios mio!.... ¡Dios mio!

ALBERTO.

Qué, ¿se arrepiente vd. acaso?

ANGELA.

No, no me arrepiento.... yo la diré que....

ALBERTO.

¿Se siente vd. mala?

ANGELA.

No, no es nada, tal vez el calor.... permítame vd. que tome el aire.

ALBERTO.

¡Qué significa!....

ANGELA.

Lo dejo á vd. un momento.

ALBERTO. (*Aparte.*)

Lo dicho, he cometido una imprudencia. (*Alto.*) Si quiere vd. el apoyo de mi brazo.

ANGELA.

No, gracias.... vuelvo, caballero. [*Se va.*]

ESCENA VIII.

ALBERTO. HORACIO. DON ANTONIO. TRES CABALLEROS.

ANTONIO.

Os digo que no, y mil veces no.

HORACIO.

Pero, tio, si es una apuesta que nada tiene de particular; aquí nadie puede arruinarse por tan poco.

CABALLERO 1º

Tiene razon Horacio, no hay miedo de arruinarse.

HORACIO.

Si el vizconde perdió ayer, fué una casualidad, pretendió la revancha y no podia hacerle un desaire.

CABALLERO 2º

Es verdad; ademas, cada uno es dueño de jugar su fortuna.

ANTONIO.

Pues amigo mio yo soy muy franco; que la jueguen en otra parte; ¿no es verdad Alberto?

ALBERTO.

No sé de qué se trata.

CABALLERO 2º

No sé, Sr. D. Antonio, si lo que acaba vd. de decir es una insinuacion, en ese caso....

ANTONIO.

Pero, hombre de Dios, ¿qué he dicho? No faltaba más que ahora, y conociéndome, se fuese vd. á ofender.

CABALLERO 2º

Es que....

ANTONIO.

Mire vd., Alberto, se trata del *pokar*, un juego de envite, en que se puede perder en una hora una fortuna, y estos señores se empeñan en una partida.

ALBERTO.

Déjelos vd. en libertad.

ANTONIO.

¿Esa es la opinion de vd.?

ALBERTO.

No me gusta la tiranía en ningunas materias; ademas....

ANTONIO.

Comprendo la leccion, estoy en mi casa y no puedo oponerme.... perdonen vdes. mi excentri-

cidad; está visto que los hombres de carácter franco como el mio, han de cometer siempre faltas involuntarias.

CABALLERO 1º

Ea, basta por hoy y juguemos.

ANTONIO.

Yo me lavo las manos como Poncio Pilato.

HORACIO. (*Aparte.*)

No eres mal Caifas. (*Alto.*) Pues ya que se trata de bromas, desafío á Alberto, verémos qué tal se portan los americanos.

ANTONIO. (*Riendo.*)

Ya, ya; qué ocurrencias tiene este chico.

ALBERTO.

Yo no sé jugar, pero acepto, y le anticipo á vd. que una vez sola he jugado y la fortuna es insolente conmigo.

ANTONIO.

Amiguito, muy bien; ¿y qué cartas le agradan á vd? veamos.

HORACIO. (*Aparte.*)

Te veo venir.

ALBERTO.

En esa ocasion, los reyes y las damas venian en mis manos como si se multiplicasen.

ANTONIO.

¿Y es vd. atrevido en el pokar?

ALBERTO.

Sí, muchísimo; como no juego por proyecto, voy hasta donde me lleva la suerte.

ANTONIO. (*Aparte.*)

Ya es nuestro. (*Alto.*) ¿Con que sois atrevidillo? pues se os prohibe aquí tener esos arranques de batallador.

ALBERTO.

Ya estoy listo. (*Aparte.*) Si creerán que los americanos les tememos á las cartas.

HORACIO. (*Aparte.*)

Está picado, se le conoce. No sabe mi tio lo que le espera.

ANTONIO.

Id, señores, id en paz; pero si álguien se arruina, yo seré el primero en condenar su conducta; espero que todo esto no pasará de una diversion.

ALBERTO.

Vamos.

ANTONIO. (*Al oido de Horacio.*)

Ya has oido cuáles son sus cartas predilectas, mucho ojo y la fortuna es nuestra.

ALBERTO.

¿Vd. no nos acompaña?

ANTONIO.

Por no desairar á vd. los acompañaré un momento. Alberto, mucho cuidado, este Horacio es muy atrevido.

ALBERTO.

Verémos, me jacto de no tener miedo.

ESCENA IX.

DICHOS Y BEATRIZ.

BEATRIZ. (*A Alberto.*)

¿Y si yo suplicase á vd., prescindiera de esa apuesta?

HORACIO. (*Aparte.*)

Este es el golpe de gracia; mire vd. que es grande este familia.

ANTONIO.

Hija, tú no sabes lo que son estas cuestiones de amor propio.

ALBERTO.

Yo rogaria á vd. humildemente me permitiera unos cuantos minutos, deseo ver si Horacio se aterroriza ante quien ignora por completo los lances del juego.

BEATRIZ.

No insisto, amigo mio.

ANTONIO.

Nada de enseriarse, Alberto.

ALBERTO.

No, estamos en nuestro terreno, cien mil reales, tres golpes de envite á la dobla en el *pokar*.

TODOS.

¡Cien mil reales!

ANTONIO. (*Aparte á Horacio.*)

Acepta.

BEATRIZ. (*Aparte.*)

Acepta y cuenta con cuanto poseo.

HORACIO.

Está aceptado, y cuidado con no perder el tino.

ALBERTO.

Y advierto, señores, que no pasaré de ahí.

ALBERTO.

Id de una vez á vuestro duelo, supongo que todo ello no pasará de una broma.

HORACIO.

Sí, tio, va á ser una broma que suene. (*Se van.*)

ESCENA X.

BEATRIZ. (*Sola.*)

Cinco minutos y tras los cien mil reales vendrá todo el caudal de ese desgraciado que se ha dejado arrastrar por una frase sin sentido.... qué ansiedad. (*Se acerca á la puerta.*) Ya toman asiento, qué pálido está Horacio, si desconfiará de.... han salido las primeras cartas... ¡Dios mio!.... ha ganado: ¿qué pasa?.... acaso será para atraerle.... estoy temblando....

ESCENA XI.

EL MAYORDOMO. BEATRIZ.

MAYORDOMO.

Señora.

BEATRIZ. (*Con impaciencia.*)

¿Quién? ¿qué me quieren?

MAYORDOMO.

Señora, traia la llave.

BEATRIZ.

Bien, bien; démela vd., mi padre no puede recibir á nadie, ¡salga vd., salga!

MAYORDOMO.

Señora.

BEATRIZ.

¡Qué salga vd. pronto!

MAYORDOMO.

¿Qué pasará aquí? (*Se va.*)

ESCENA XII.

ANGELA. BEATRIZ.

ANGELA.

Beatriz.... Beatriz....

BEATRIZ.

¿Qué pasa? ¿por qué lloras?.... [*Viendo para el salon de juego.*] no puedo ver nada, todos se agolpan á la mesa.

ANGELA.

¿Pero no me oyes?

BEATRIZ.

Sí, habla....

ANGELA.

Tú sabes que amo á Alberto.

BEATRIZ. (*Sin quitarse de la puerta.*)

Ya me lo has dicho.... ¿qué pasará?

ANGELA.

Pues bien, ese hombre....

BEATRIZ.

¿Qué?

ANGELA.

¡No me ama!

BEATRIZ. (*Aparte.*)

Cómo crece por instantes esta ansiedad. ¿Y bien?

ANGELA.

Que á tí es á quien ama con idolatría.

BEATRIZ. (*Aparte.*)

Pero esto es horrible, nada se oye, qué silencio tan pesado. (*Sin dejar de ver.*)

ANGELA.

Lo escuchas, Beatriz, ¡á tí, á tí es á quien adora!

BEATRIZ.

Sí, luego hablarémos.... ¡estoy desesperada!.... (*Se oye un aplauso.*) ese es el toque de la ruina, ¡estámos perdidos!

ANGELA.

No te comprendo.

ESCENA XIII.

DICHAS Y DON ANTONIO.

ANTONIO.

La maldicion pesa sobre mi existencia.

BEATRIZ.

¡Padre!.... ¡padre!.... estamos arruinados, ese hombre tiene una serenidad horrible.

ANTONIO.

Pero.... no me explico, Horacio.... sí, él se ha vengado de nosotros y tú, tú eres la culpable, le has insultado, y él nos arruina.

BEATRIZ.

No, no lo crea vd.... pero yo pondré el remedio.

ANTONIO.

¿Tú?

BEATRIZ.

Sí, ese hombre me ama, me ha dicho....

ANTONIO.

Bien, bien, comprendo, es necesario apresurarse, porque ese hombre está de viaje.

ESCENA XIV.

DON ANTONIO. BEATRIZ.
ANGELA. ALBERTO. HORACIO. JUGADORES.

ANTONIO.

Felicito á vd., venga un abrazo.

ALBERTO.

No, no me felicite vd., estoy arrepentido.

BEATRIZ.

¿Arrepentido de haberle dado un golpe á la fortuna?

ALBERTO.

Precisamente; es el primer dinero que entra á mis arcas sin ser el fruto de mi trabajo.

HORACIO.

Y eso qué importa, todo da lo mismo.

ANTONIO.

Toda la suma que ha ganado vd., se encuentra desde luego á su disposicion.

ALBERTO.

Mañana arreglarémos ese negocio.

ANGELA. (*Aparte.*)

¡Qué espectáculo tan odioso!

ALBERTO.

Sr. Don Antonio, hay algo más importante para mí.

ANGELA. (*Aparte.*)

Estoy temblando.

ANTONIO.

Hable vd., Alberto, hable vd.

BEATRIZ. (*Aparte.*)

Llegó el momento.

ALBERTO.

Si vd. cree, Sr. Don Antonio, que no estoy infamado levantándome de una mesa de juego, donde accidentalmente y llevado por un punto de amor propio me ha favorecido la fortuna, ruego

á vd. me dispense el honor de concederme la mano de la señorita Beatriz.

ANGELA. (*Aparte.*)

Yo siento morirme. (*Se va.*)

ANTONIO.

Alberto.... me deja vd. perplejo.... esta es una sorpresa.... no esperaba yo.... vd. acaso no ha pensado....

ALBERTO.

A no ser que la señorita....

BEATRIZ.

Me ruborizá vd., caballero, creo que he sido imprudente y vd. ha sorprendido lo que yo creia perfectamente disimulado.

HORACIO. (*Aparte.*)

¡Qué hábil es toda esta familia!

ANTONIO.

Caballero, estas cosas no son del momento, mi hija se encargará de la respuesta, yo no encuentro por qué oponerme, el destino de una mujer es una cuestion muy seria.

HORACIO. (*Aparte.*)

Le están dando con mucha habilidad el cloroformo.

BEATRIZ.

Alberto.... (*Le tiende la mano.*)

ALBERTO.

¡Beatriz!

ANTONIO.

En memoria de este dia, quiero obsequiarte con estas alhajas.

BEATRIZ.

¡Gracias! aquí está la llave. (*Horacio y Alberto á los lados de Beatriz. Al abrir la caja D. Antonio ve una carta y la toma.*)

HORACIO.

¡Qué brillantes!

ANTONIO. (*Leyendo aparte.*)

Me habia olvidado de advertiros, mi estimable acreedor, al enviaros las alhajas de mi madre, que la pobre señora los llevaba falsas. ¡Miserable! (*Don Antonio estruja con rabia el papel.*)

HORACIO.

¡Pérfido de vizconde, si son los mismos que llevaba la tiple de la zarzuela en los Diamantes de la Corona!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala decentemente ajuareada.—Dos puertas al fondo.—Se ve el salon del juego iluminado.—Entre las dos puertas está colocada una consola con un grande espejo.—Es de noche.

ESCENA I.

Aparecen Don Antonio, dictando á Beatriz y á Angela que estarán en la mesa del centro de la sala.

ANTONIO.

Sobre el banco de San Fernando, cuatrocientos mil reales.

BEATRIZ.

Bien.

ANTONIO.

En escrituras hipotecarias, ciento cincuenta mil, suma tú, Angela, verémos si estais conformes.

ANGELA.

Exactamente.

ANTONIO.

¡Ah! ¡qué desgracia la nuestra!.... arruinados en un momento y cuando ménos lo esperaba.... ¡ha sido una locura imperdonable, cuando ya el porvenir estaba asegurado!.... me parece un sueño; más bien, una pesadilla horrible!.... ¡horrible!

ANGELA.

¡Pobre padre mio!

BEATRIZ.

Es mucha debilidad doblegarse así ante la desgracia.

ANGELA.

Es que rehacerse toca al imposible: ademas, la fortuna llama una vez á la puerta, si se le deja ir ya no vuelve, no vuelve, hija mia.

BEATRIZ.

¿Quién sabe?

ANTONIO.

Pero tú me salvarás, salvarás á tu pobre padre y á tu hermana; ten compasion de nosotros.

BEATRIZ.

Ya he dicho que estoy dispuesta; pero es necesario calcular ántes las ventajas que traeria á vd. este enlace.

ANTONIO.

Desde luego, no entregar toda esa suma, tenerla algun tiempo en mis manos como base de mi reconstruccion, asosiarme á ese hombre, trabajar.... ese es mi anhelo.

BEATRIZ.

Bien, disponga vd. de mi mano.

ANTONIO.

¡Gracias, hija mia, gracias!

ANGELA.

¡Qué sufrimiento tan horrible!

ANTONIO.

Esperadme, voy á recibir á varias personas que me esperan: comprendo, me creen arruinado y acuden por sus fondos, yo pagaré todo y mi deuda quedará en una sola persona.

BEATRIZ.

Serenidad, padre mio.

ANTONIO.

Espero que no me abandonará. (*Se va.*)

ESCENA II.

BEATRIZ Y ANGELA.

BEATRIZ.

¡Lloras, desdichada, cuando yo soy la sacrificada!

ANGELA.

Sí, lloro, porque ese hombre podia hacer la felicidad de todos, y va á acabar hasta con la suya.

BEATRIZ.

El destino se ha equivocado.

ANGELA.

Sí, ese corazon generoso ignora que se acerca á una roca donde no encontrarán eco las vibraciones de su corazon.

BEATRIZ.

¿Y no piensas en mí? atada para siempre á un sér que no es amado, y á quien puede aborrecerse, entrando en un infierno de desesperacion. Tú olvidarás esta impresion, estás en la edad en que todo es pasajero, ¿pero yo?

ANGELA.

Ten valor, Beatriz, no aceptes ese enlace.

BEATRIZ.

Imposible, se trata de salvar á mi padre.

ANGELA.

¡La riqueza! ¡la riqueza!

BEATRIZ.

Es verdad, en algo ha de estar la compensacion, yo debo indemnizarme de este sacrificio.

ANGELA.

Yo no comprendo, yo no quiero comprender nada de eso que me aterra.

BEATRIZ.

Estás loca.

ANGELA.

No, pero repugna ver á un hombre honrado, generoso, á quien se va á traicionar engañándole: ¿por qué no decirle la verdad? ese hombre ahogaria su amor; y no que ahora se entrega candorosamente á una situacion, en cuyo fondo hay un abismo: ¡esto es infame!

BEATRIZ.

Tú no conoces hasta dónde alcanzan las conve-

niencias sociales; los enlaces, en la aristocracia, en la clase media y entre la misma clase baja, todos están basados en un interes, pocas veces interviene el corazon.

ANGELA.

¡Horrible!.... ¡horrible!

ESCENA III.

DICHAS. HORACIO.

HORACIO.

Vamos, que hoy he pisado mala yerba, todo me sale malo; pero yo no me arredro ante ninguna situacion por desesperada que sea.

BEATRIZ.

¡Horacio!

HORACIO.

Supongo que estais más tranquilas; todo es reparable en este pícaro mundo, hasta el honor.

BEATRIZ.

No lo creas, Horacio.

HORACIO.

No hace dos meses que la prensa llamaba en coro, ladron á un empleado de Hacienda de las Aduanas del Mediterráneo, y hoy se deshace en elogios asegurando que ha dado hasta el último centavo para cubrir sus responsabilidades; y, entre paréntisis, ¡qué tronco de yeguas andaluzas acaba de comprar el maldito!

ANGELA.

Siempre de broma.

HORACIO.

Y tú haciendo la afligida; hé aquí una alma angelical, que toma á lo serio los sentimientos del corazon.

ANGELA.

Sí! ¡qué felicidad tener lágrimas todavía!

HORACIO.

Ya te se irán secando: en el mundo todos hacemos dos papeles, unas veces de víctimas y otras de verdugos; tú estás en el primero, hija mia, cuando llegues al segundo, te darás la revancha; el corazon es como el diamante, no está perfecto hasta que está empedernido.

ANGELA.

Horacio, tus teorías envenenan; me están haciendo mal.

HORACIO.

Y, sin embargo, hay que aceptarlas, todo lo demas es sueño; la experiencia te lo dice, y su libro es la biblia social.

ANGELA.

¡Yo quiero creer!

HORACIO.

Pues, cree, hija mia, miéntras que nosotros nos colocamos en terreno ménos movedizo.

BEATRIZ.

Sí, ocupémonos de nuestros asuntos.

ANGELA.

¡Almas de hielo! [*Se va.*]

ESCENA IV.

BEATRIZ. HORACIO.

HORACIO.

Beatriz, bajo esta máscara de alegría encierro una desesperacion horrible.

BEATRIZ.

Mi padre ha encanecido en veinticuatro horas.

HORACIO.

En esa sala he visto ya muchas cosas semejantes; la fisiología de la ruina la tengo bien estudiada; esta casa es una verdadera academia científica.

BEATRIZ.

A ese hombre le debe estar quemando las manos ese caudal ganado en el juego.

HORACIO.

Es una quemadura que no levanta ámpula, tú lo sabes bien.

BEATRIZ.

Es que nosotros no hemos llegado á ese extremo.

HORACIO.

No hemos podido, prima mia; pero te juro que ya nos estariamos abrasando.

BEATRIZ.

Bien, y ¿qué partido tomar en esta crísis?

HORACIO.

Beatriz, estas pérdidas no se recuperan con el trabajo, porque no alcanza la vida para ello, es nesesario tentar el abismo, ensayar un uuevo golpe.

BEATRIZ.

Te comprendo.

HORACIO.

Nada hay más peligroso que una ganancia, es un verdadero estrago, y más en los corazones impetüosos como el de Alberto.

BEATRIZ.

¿Y bien?

HORACIO.

Alberto, á pesar de su honradez, está satisfecho, á nadie le pesa ser rico; ya tiene el pus del vicio, prenderá, no lo dudes. Ha comenzado por donde todos los que se arruinan, por una ganancia pingüe.

BEATRIZ.

¿Tú crees?

HORACIO.

Que volverá á jugar cien veces; las cartas tienen un iman poderoso, la fortuna está tan cerca, que es una tentacion espantosa: ¿qué pasa con nosotros? mil veces hemos dicho "basta," y no ha bastado; cuando yo estaba resuelto, tú me has dado ánimo, ¿no es verdad?

BEATRIZ.

Tenias compromiso.

HORACIO.

Siempre hay un pretexto una vez enjendrado el odio al trabajo; la sociedad nos ha perdido para siempre; quedamos como un miembro podrido para corromper á los demas.

BEATRIZ.

Y conociendo todo eso, cómo es que....

HORACIO.

Sí, todos conocemos lo mismo, porque lo dice la voz de la conciencia, que nosotros apagamos con el ruido del juego.

BEATRIZ.

Pero la ley....

HORACIO.

No me hables de la ley que consagra los vicios y ayuda á corromper las sociedades. La ley en este caso es para el vulgo, no para nosotros de la alta escuela.

BEATRIZ.

¡Estás temible!

HORACIO.

Defendámonos, pues, y pensemos en la reconstruccion; la sociedad es como es, y pensemos en ella.

BEATRIZ.

¿Cuál es tu idea?

HORACIO.

Tomar la revancha. (*Aparte.*) Pasémonos al enemigo con armas y bagajes.

BEATRIZ.

¿Y cómo tomar la revancha?

HORACIO.

Haciendo que Alberto vuelva á jugar.

BEATRIZ.

Indícaselo.

HORACIO.

Me haria sospechoso.

BEATRIZ.

¿Entónces?

HORACIO.

Tú, tú eres la única que puede orillarlo.

BEATRIZ.

¿Yo?

HORACIO.

Sí, inventa, tómate ese trabajo para salvarnos.

BEATRIZ.

Por el pronto....

HORACIO.

Piensa, la situacion misma creará un recurso.

BEATRIZ.

Bien, lo pensaré, hoy debe venir; si tú nos ayudas, estoy resuelta: mi padre llega, consuéla. le, está al perder la cabeza. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA V.

HORACIO. (*Solo.*)

¡Al perder la cabeza! ¡bravo! ¡bravísimo!.... pero, señor, esta gente no recuerda á tantos y tantos como ha arruinado.... verdaderamente nada han perdido, todo era del prójimo!.... Yo estoy de fortuna, me propongo ayudar á mi tio; la verdad, se me hace cargo de conciencia que el americano cargue con tanto dinero, nos lo dividirémos y.... tengo ya entre manos otro proyecto que lo desarrollaré á su tiempo.

ESCENA VI.

HORACIO. DON ANTONIO.

ANTONIO.

¡Horacio!.... ¡Horacio!.... ¡tú me has vendido!.... dime la verdad y te perdono.

HORACIO.

Cálmese vd., tio, yo le explicaré cómo pasó el lance.

ANTONIO.

No, no, si me parece imposible; tu palidez, tu emocion, todo te denunciaba.

HORACIO.

No lo crea vd., tio, esas son ilusiones.

ANTONIO.

Si tú conocias las cartas, ¿cómo pudiste equivocarte?

HORACIO.

Es que estaba desmoralizado: la imperturbable sangre fría del americano, la seguridad en las jugadas, me hicieron vacilar, estaba yo deslumbrado, aturdido.

ANTONIO.

¡Ya te has vengado!

HORACIO.

No, no cabe en mí semejante infamia: ademas, vdes. me llamaron.... bien dijo Beatriz, es muy dura la palabra; pero generalmente, por ese nombre, se nos conoce en sociedad; así es que no hubo ofensa.

ANTONIO.

¡Me has perdido!.... ¡arruinado!.... ¡arruinado!

HORACIO.

No hay que desesperarse, para todo hay remedio.

ANTONIO.

Es que ya no me fío; ademas, no tengo ya dinero que poner delante de Alberto.

HORACIO.

Eso es lo de ménos, el crédito de vd. está en alza, porque ha pagado vd. á cuantos han venido á pedirle sus fondos.

ANTONIO.

Es verdad, pero....

HORACIO.

Alberto no sospecha esta ruina, el amor le ha puesto una venda á los ojos; por el contrario, si él se enterase, le ofreceria dinero.

ANTONIO.

Sí, pero entónces ya no volveria al tapete, y es necesario que vuelva, lo entiendes; yo necesito la revancha. En queriendo tú.... (*Le señala el espejo.*)

HORACIO.

Me agrada la sencillez de ese aparato: si Morse no inventa el telégrafo, vd. lo inventa; tio, ¡tiene vd. mucho talento!

ANTONIO.

¿Te burlas?

HORACIO.

No; pero me deleito en pensar la agitacion que sentirá vd. cuando pone en movimiento el alambre, y hay veces que lo mueve vd. con tal fuerza que ha traspasado la suela de la bota. Los toques no pueden ser más perceptibles.

ANTONIO.

¡Es verdad!

HORACIO.

Nadie sospecha que su pupila candente se asoma á ese tapiz por un punto inperceptible y dirige sus rayos como un basilisco sobre las cartas de mi contrario, y sus manos se crispan cuidando de no dar un golpe más en el alambre porque una equivocacion es la desgracia.

ANTONIO.

Sé que todo eso es reprobado; pero yo solo uso de un derecho, el de defensa: vienen con el objeto de arruinarme y. . . .

HORACIO.

Y vd. los desbalija; nada más claro, ni más lógico: en el mar social los animales grandes devoran á los pequeños, y vd. y yo, caro tio, representamos el papél de los tiburones.

ANTONIO.

Horacio, tú te burlas de mi afliccion.

HORACIO.

Estoy dispuesto á aliviarla.

ANTONIO.

Partiré contigo la ganancia, despues de rehacerme.

HORACIO.

Las promesas de todos los dias.

ANTONIO.

No, ahora te lo juro.

HORACIO.

Vea vd., prométamelo vd. simplemente; es regla general que cuando media un juramento hay una estafa.

ANTONIO.

Horacio, tu crueldad no tiene límites; me ves arruinado, en el abismo de la miseria, y destilas todo el veneno de la sátira contra mí. No te basta ser el autor de mi ruina, vienes á complacerte en ella.

HORACIO.

Estamos acostumbrados á este espectáculo, tal vez por eso no me hace mucha sensacion.

ANTONIO.

¡Horacio, sálvame! [*Se arrodilla.*] ¡Siquiera porque eres mi cómplice!

HORACIO. (*Aparte.*)

¡Qué deforme es el sér humano arrodillándose delante del ídolo del vicio! (*Alto.*) Levante vd., tio, yo no puedo negarle nada: arruinarémos á ese hombre, será un número más, perdido en la lotería de este gran mundo.

ANTONIO.

Bien, bien, ya he tocado el fondo y me he espantado.

HORACIO.

Estas lecciones no sirven sino para hacernos más feroces; los neófitos se arrepienten, nosotros morirémos en el tapete.

ANTONIO.

¿Cómo vencer tanta dificultad?

HORACIO.

Ya todo está pensado; en la reunion de hoy se arreglará lo conveniente; vd. manejará toda la trama tras de bastidores.

ANTONIO.

¡Bendito sea Dios, que tienes corazon!

HORACIO.

¡Bendito sea Dios que lo he perdido! si lo tuviera, no me prestaria á este crímen.

ANTONIO.

Con que todo está preparado.

HORACIO.

Todo, tio, todo. Vuestros amigos llegan, hagámosles compañía, y dejemos correr los sucesos.

ESCENA VII.

DICHOS Y ALBERTO.

HORACIO.

Alberto, teneis una puntualidad desesperante.

ALBERTO.

Como todos mis negocios han terminado, ya las horas me están sobrando; acabo de depositar en el Banco todo el precio de las acciones de Panamá; es asunto terminado.

ANTONIO.

¿Vendrá vd. por sus fondos? están listos.

ALBERTO.

¿Quién le pregunta á vd. por ellos?

ANTONIO.

Crea vd., Alberto, que me desagrada tener en mi poder dinero ageno.

ALBERTO.

Hoy enviaré por esa cantidad, quiero liquidar.

HORACIO. (*Aparte.*)

Esperas en vano, hoy te liquidamos y por partida doble.

ALBERTO.

¿Las señoritas están visibles?

ANTONIO.

Para vd., siempre. (*Toca la campanilla.*) A Beatriz que la espero. (*A un lacayo.*) No ceso de felicitarme al ver el golpe rudo que ha dado vd. á la fortuna.

ALBERTO.

¿Quién lo recuerda?

HORACIO. (*Aparte.*)

¿Quién lo recuerda?.... mi tio

ANTONIO.

Cuidado con volver á jugar, estas cosas se hacen una vez.

ALBERTO.

Descuide vd.

HORACIO. (*Aparte.*)

En la segunda está el peligro.

ESCENA VIII.

DICHOS Y BEATRIZ.

BEATRIZ.

Alberto.

ALBERTO.

Beatriz, los señores dicen que tengo una puntualidad desesperante.

BEATRIZ.

A mí me parece que ha tardado vd. demasiado, tenia una grande impaciencia.

HORACIO.

Dejemos á estos enamorados, estamos sobrando, tio, y nuestros amigos esperan.

ANTONIO.

Vamos. (*Se entran al salon.*)

ESCENA IX.

BEATRIZ. ALBERTO.

BEATRIZ.

Cómo agradezco sus atenciones, tal vez ha desatendido sus negocios....

ALBERTO.

No, he procurado terminarlos para tener la satisfaccion de pasar algunos momentos más al lado de vd.

BEATRIZ.

Gracias: siempre galante.

ALBERTO.

Siempre enamorado, Beatriz.

BEATRIZ.

Calle vd., por Dios.

ALBERTO.

A pesar de todo, Beatriz, yo tengo una duda que deseo aclarar, cualquiera diria que nuestro enlace es un negocio arreglado, y sin embargo, ni su padre de vd. ha sido explícito conmigo, ni vd. me ha dicho una palabra.

BEATRIZ.

Yo creia....

ALBERTO.

Cuando mi alma es presa de una ansiedad terrible, cuando mi amor no conoce límites, vd. no se compadece de mí, no tiene una sola frase de consuelo, me deja vd. entrever una esperanza y nada más.

BEATRIZ.

Si vd. comprendiera....

ALBERTO.

No, yo no comprendo nada, sino la fluctuacion en que vd. se encuentra; tal vez esta pasion no ha hecho sentir el alma de vd., acaso le sea antipático.

BEATRIZ.

Alberto, me está vd. martirizando.

ALBERTO.

Yo no sé si el temor al extrago que causaria en mí un desaire, haya provocado esa vacilacion misteriosa que no comprendo.

BEATRIZ.

No, no es eso.

ALBERTO.

Entónces, ¿por qué no decirme claro que me ama, que corresponde á este amor inmenso que le profeso?

BEATRIZ.

Es que....

ALBERTO.

Acaso le sea á vd. penoso dejar á su familia y seguirme á América; perder á su patria y á su anciano padre.... ¡cuando yo recuerdo al mio, creo que le voy á dar á vd. la razon!

BEATRIZ.

No, no, no es eso.... yo temo....

ALBERTO.

Por fatal que sea lo que vd. tenga que decirme, aclare vd., por Dios, mis dudas y mis temores.

BEATRIZ.

No queriendo que vd. equivoque mis sentimientos, voy ha ser explícita. (*Aparte.*) Valor.

ALBERTO.

Ya escucho á vd., señorita.

BEATRIZ.

¿Pero vd. tendrá indulgencia conmigo?

ALBERTO.

Vd. no conoce lo que vale mi corazon.

BEATRIZ.

Pues bien, ha ganado vd. una suma inmensa, y la ha ganado vd. en mi casa, ¿no es verdad?

ALBERTO.

Es cierto.

BEATRIZ.

¿Qué se pensará en la sociedad, qué se dirá de la vergonzosa coincidencia entre nuestro amor y esa ganancia?

ALBERTO.

Me aterra vd.

BEATRIZ.

Se dirá que yo pertenezco á ese vulgo miserable de las mujeres que ponen en asta publica su amor y sus sentimientos; que yo no he visto en vd. sino el éxito; que yo le traiciono; que el oro me ha impulsado á este enlace.

ALBERTO.

¿Y qué hacer? hable vd., aconséjeme vd., pronto estoy á seguir sus menores insinuaciones.

BEATRIZ.

No me pregunte vd.

ALBERTO.

Crea vd., Beatriz, que estoy avergonzado, todo Madrid sabe ya el lance, y rehuso que se me conozca, no como á un hombre que ha hecho su fortuna en el trabajo, sino en los lances de azar; ademas, esto me perjudica, nadie fiará en mí, sabiendo que yo me siento á una mesa de juego.

BEATRIZ.

Evite vd. ese concepto.

ALBERTO.

No atino....

BEATRIZ.

Lo encomiendo á la delicadeza de vd.

ALBERTO.

Sí, sí, tiene vd. razon; yo proclamaré que todo fué motivado por una palabra imprudente; pero que cumpliendo con las leyes de la caballerosidad, he propuesto la revancha.

BEATRIZ.

¡Me ha comprendido vd. al fin!

ALBERTO.

Sí, mi nombre quedará bien puesto en la sociedad.

BEATRIZ.

Cumpla vd. como mandan sus antecedentes, y entónces venga vd. por esa palabra que ansía.

ALBERTO.

¡Gracias, Beatriz! ¡Gracias! (*Se va Beatriz.*)

ESCENA X.

ALBERTO. DESPUES HORACIO, DON ANTONIO Y ALGUNOS JUGADORES.

ALBERTO.

¡Horacio!.... ¡Horacio!.... ¡Señores!

HORACIO.

¿Qué pasa, amigo mio? ¿qué pasa?

ANTONIO.

¿Qué se ofrece amigo mio?

ALBERTO.

Señores, anoche, provocado por mi amigo Horacio, tuve la imprudencia de aceptar un duelo á las cartas, le he ganado acaso su fortuna.

HORACIO.

¿Y eso qué importa?

ALBERTO.

Sí, sí importa, yo tengo que dejar á Europa y no quisiera llevarme la pena de haber arruinado á un amigo.

HORACIO.

¡Qué escrúpulos! eso lo vemos todos los dias.

ALBERTO.

Pues bien, yo no puedo devolver la suma que he ganado.

HORACIO.

Eso es una quimera.

ALBERTO.

Pero sí puedo proponer la revancha, si la fortuna vuelve á favorecerme, habré cumplido.

TODOS.

Bien, bien.

HORACIO.

Yo la acepto en ese terreno.

ANTONIO.

Es una locura; prohibo á vd., que juegue.

ALBERTO.

Vd. no podrá impedirme que cumpla con un deber de caballero.

ANTONIO.

Tiene vd. razon, yo....

HORACIO.

Vd. nos acompañará, tio.

ANTONIO.

No, eso es imposible, á mí me ponen nervioso las apuestas; vdes. me dirán despues quién es el vencedor.

ALBERTO.

Es cuestion de algunos minutos.

ANTONIO.

Es vd. todo un hombre.

HORACIO. (*Aparte.*)

Y tú to lo un bribon. (*Pasan al salon del juego.*)

ESCENA XI.

DON ANTONIO. (*Solo.*)

Ha llegado el momento crítico: echemos las cortinas. (*Corre las cortinas de gasa, se dirige al espejo y mira por el tapiz donde se supone está practicada la pequeña horadacion, y segun lo requiera la escena, aparenta mover el alambre.*) Ya tiran las primeras cartas.... qué ansiedad.... [*Se oye un rumor.*] ¡Ya es nuestro!.... ¡Bien¡ ¡bravo, Horacio! ¡bravo!.... te has portado..... [*Pausa.*] Las cartas otra vez.... palidece Horacio; ¿qué va á pasar, Dios mio?.... (*Rumores.*) Bien, bien; corresponde á las señas, ¡temia equivocarme!.... yo siento rompérseme el pecho, ¡no alcanzo el aliento!

ESCENA XII.

ANGELA. BEATRIZ.

ANGELA.

¡Qué silencio tan profundo!

ANTONIO.

¡Bravo!.... ¡bravísimo!

ANGELA.

¿Qué hace ahí mi padre?

BEATRIZ.

Nada, vámonos.

ANGELA.

No, se ha vuelto loco.

BEATRIZ.

Vámonos de aquí, Angela.

ANGELA.

Qué no saldré de aquí, que quiero saber lo que está pasando.

BEATRIZ.

Imprudente, tú no debes indagar.... mi padre está allí, si nos viese nos reñiria.

ANGELA.

¡Padre!.... ¡padre!

BEATRIZ.

¡Qué vengas, Angela. (*La tira por el brazo.*)

ANGELA.

¡Qué no quiero!.... horrible sospecha. (*Corre y se acerca al espejo.*)

ANTONIO.

¡Bien, bien, se derrumba! (*Rumores.*)

ANGELA.

¡Padre!

ANTONIO.

¿Quién? [*Alarmado y bajando á la escena.*] ¿quién llama?

ANGELA.

¡Soy yo!

BEATRIZ.

¡Imprudente!

ANGELA.

¡Soy yo, que sospecho la infamia que se está consumando aquí; yo, que he descubierto una horrible trama!

ANTONIO.

¡Calla, desgraciada!

ANGELA.

No, no callaré, levantaré la voz muy alto; ahí se está arruinando un hombre honrado.

ANTONIO.

Estamos á dos pasos de ese salon, si te oyesen me perderias para siempre.....

ANGELA.

Yo debo avisar á Alberto que ha caído en un lazo.... no, esto no es bueno, padre, no es bueno!

BEATRIZ.

¡Angela! ¡Angela!....

ANTONIO.

¡Los momentos son decisivos, tú estás loca, déjame y vete.

ANGELA.

No, Dios está viendo este crímen, yo quiero salvarme de su cólera. ¡Alberto! ¡Alberto! [*Don Antonio le tapa la boca y la arrastra al centro de la escena.*]

ANTONIO.

¡Pues bien, grita, grita infeliz, y me vuelo el cráneo! (*Saca una pistola.*)

ANGELA.

¡Qué horror, qué horror! [*Cae arrodillada.*]

BEATRIZ.

¡Esto es horrible! (*Don Antonio corre al espejo, está un momento y se oye un ruidoso aplauso.*)

ANTONIO.

¡Hemos triunfado! (*Toma á sus hijas y se sienta en el confidente.*)

ESCENA XIII.

DICHOS. ALBERTO. (*Sombrío y trastravillando.*)

ALBERTO.

¡Horrible pesadilla!.... la ruina, la deshonra.... el infierno se ha conjurado contra mí!....

ANGELA.

¡Infeliz.... ¡Infeliz!

ANTONIO.

¡Silencio!

ALBERTO.

No me queda más que apresurar este enlace, su padre me salvará.... ¡mi honra!.... ¡mi honra!.... Beatriz.... Señor....

ANTONIO.

¿Qué pasa, amigo mio? (*Con calma.*)

ALBERTO.

No, nada, nada; mañana pienso salir de Madrid y os suplico que á las primeras horas me concedais que se verifique mi matrimonio con Beatriz.

ANTONIO.

¿De qué matrimonio me habla vd., caballero?

ALBERTO.

¿Cómo? ¿no me ha escuchado vd.?

ANTONIO.

Ah, sí, algo me habia vd. dicho.... no recordaba; mi hija es árbitra de su porvenir, yo no me mezclo en esos asuntos.

ALBERTO.

Beatriz.... he cumplido como caballero, y como tal digo á vd. que estoy arruinado, perdido.... ¿quiere vd. acompañarme en mi desgracia?

BEATRIZ.

Está vd. loco, yo....

ALBERTO.

¡Beatriz!

BEATRIZ.

Yo nunca he hecho consentir á vd....

ALBERTO.

¡Comprendo!.... ¡todos me abandonan!.... ¡deshonrado!.... ¡deshonrado!....¡he perdido el depósito sagrado que confiaron á mi lealtad!.... ¡La amistad me vende, el amor me traiciona!

ANGELA.

¡No, porque nadie ha amado á vd. más que yo: disponga vd. de cuanto poseo para salvarse, yo amo á vd., Alberto!

ALBERTO.

¡Atrás! ¡raza de víboras, yo no quiero escuchar nada, en mal hora os conocí!.... ¡Me habeis lanzado á la desesperacion.

ANGELA.

¡Piedad! ¡piedad!

ALBERTO.

¡No, yo no puedo salir de aquí, sino para la muerte! [*Toma la pistola que ha dejado Don Antonio y sale corriendo.*]

ANGELA.

¡Padre!.... ¡Beatriz!....

ANTONIO.

Calla, Angela, sosiega, vas á comprometernos.

BEATRIZ.

Está loca esta mujer.

ANGELA.

¡Qué impiedad tan horrible! (*Se oye la detonacion de una pistola, Angela se precipita al balcon.*) ¡Muerto!....¡muerto!....¡Padre.... Beatriz... hé ahí vuestra obra! ¡socorro! ¡socorro!

BEATRIZ.

¡Calla!

ANTONIO.

¡Calla! (*Angela se desmaya en brazos de su padre.*)

ESCENA XIV.

DICHOS Y TODOS LOS CONVIDADOS.
DESPUES HORACIO.

TODOS.

¿Qué sucede? ¿qué pasa?

ANTONIO.

Nada, una desgracia.

BEATRIZ.

Ese extravagante de americano se ha suicidado.

HORACIO. (*Entrando, aparte.*)

Aquí están ya todos los fondos, esta misma noche pongo piés en polvorosa. (*Alto.*) ¿Qué sucede tio?

ANTONIO.

Alberto se ha dado un tiro.

HORACIO.

¡Pobre jóven! no hay que preocuparse demasiado, es cuestion de la policía: señores, comienza la segunda talla.

TODOS.

Vamos, vamos. (*Apresuradamente se dirigen á la sala del juego. Don Antonio deja á Angela precipitadamente en brazos de Beatriz y sigue á los demas á la sala del juego.*)

HORACIO. (*Con ironía.*)

¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo!

FIN DEL DRAMA.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T446
v. 14
no.1-18